



2015 X Certamen de  
Relatos Breves  
mujeres

Carmen de la Rosa Moro  
Amaia Arana Muñoz  
Melanie Reiriz Vieira  
Lara Gimeno Rodríguez  
Nuria María Méndez Afonso

Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife



2015 X Certamen de  
Relatos Breves  
**mujeres**



***Edición***

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

***© de esta edición 2015***

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

***© de los textos***

Las autoras

***Diseño y Maquetación***

IKUS Estudio Gráfico

***Impresión***

Litografía Trujillo

***Depósito Legal***

TF988-2015

2015 X Certamen de  
Relatos Breves  
**mujeres**

Carmen de la Rosa Moro

Amaia Arana Muñoz

Melanie Reiriz Vieira

Lara Gimeno Rodríguez

Nuria María Méndez Afonso

Santa Cruz de Tenerife 2015



# Índice

<b>Presentación</b> .....	02
<i>M<sup>a</sup> Luisa Zamora Rodríguez</i>	
<b>Saco de huesos</b> .....	05
<i>Carmen de la Rosa Moro</i>	
<b>El erizo</b> .....	17
<i>Amaia Arana Muñoz</i>	
<b>Del futuro imperfecto</b> .....	25
<i>Melanie Reiriz Vieira</i>	
<b>Historia de una gran desconocida</b> .....	35
<i>Lara Gimeno Rodríguez</i>	
<b>Diez días con Matt</b> .....	45
<i>Nuria María Méndez Afonso</i>	
<b>Jurado</b> .....	61



## Presentación

Después de varios años de ausencia, el Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife ha vuelto a convocar el Certamen de Relatos Breves Mujeres, una iniciativa con la que pretendemos contribuir al debate abierto en nuestra sociedad a favor de la plena igualdad de género. Y lo hacemos a través de la literatura, quizás la más poderosa arma de creación que tiene el ser humano.

La batalla por la igualdad de género no admite tibiezas ni distracciones porque, entre otras cosas, sigue abierta en todos sus frentes. A pesar de los avances que se han podido producir en los últimos años, aún queda mucho camino por recorrer. Hay un trayecto que la sociedad en su conjunto debe transitar para eliminar cualquier tipo de discriminación por cuestiones de sexo.

No se puede tolerar que en este siglo XXI aún las mujeres sufran la discriminación salarial, que sufran también por no poder conciliar su vida laboral y familiar; y, lo que resulta abominable, que sean víctimas de la violencia machista.

Pero el muro de la desigualdad no se derriba de un solo martillazo, sino asestando pequeños pero ciertos golpes en sus cimientos. En ese contexto podemos situar este Certamen de Relatos Breves, un escaparate de la visión femenina de la vida que se proyecta al exterior desde estas mismas páginas. Un concurso que forma parte de las diversas iniciativas que desarrollamos desde el Ayuntamiento para fomentar la igualdad, en este caso a través de la cultura.

La literatura es una herramienta de transformación social y hemos de explotar todo su potencial en favor de una causa justa. Es lo que pretendemos con esta iniciativa. Lo hacemos desde la humildad, pero también convencidos de que aportamos un granito de arena para ganar esa lucha que sigue abierta.

*Marisa Zamora*

*Concejala de Igualdad del  
Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife*

PRIMER PREMIO

# Saco de Huesos

*Carmen De La Rosa Moro*

## Carmen De La Rosa Moro

Santa Cruz de Tenerife, 1964. Escritora y médica rehabilitadora.

Sus relatos y microrrelatos están editados en el libro de relatos colectivo: *“Entre humo y cuentos”* (2000), el libro de relatos *“Todo vuela”* (2007), el libro de relatos y microrrelatos ilustrados por Irene León *“Acordeón”* (2015), las antologías *“Somos Solidarios”* (2013) y *“99 crímenes cotidianos”* (2015) la revista *Fahrenheit XXI*, los blogs *AntologíaMundial de Minificción*, *Químicamente Impuro*, *La cazadora de relatos*, *Máquina de coser palabras* y *Lecturesd’ailleurs*.

Ganó el I concurso de relatos breves *“Mujeres”* del Ayuntamiento de Santa Cruz y el I concurso de microrrelatos CFE, 2º premio del concurso de relatos breves *“Emplea la Ciencia”* de la UNED. Finalista del I concurso de literatura personal *Contradiction*, del III concurso de relatos breves *FaesFarma*, del II concurso *Eñe de Literatura Móvil* y del III Concurso Internacional de Microrrelatos Museo de la Palabra.

# Saco de Huesos

## PRIMER PREMIO

Encontré la calavera un sábado, cuando ya hacía unos meses que nos habíamos mudado a la mansión de la colina. Estaba dentro de un saco lleno de huesos, atado con una cuerda, en el altillo del armario del trastero, detrás de la caja con la colección de libros de *Tintin* rescatados de las llamas del último incendio. Me miró con el asombro de sus órbitas vacías, de su mandíbula descoyuntada. Despedía un tufillo putrefacto. La cargué como si fuera un balón y con la otra mano arrastré el saco por el corredor. Los huesos se chocaban entre ellos con un sonido de caracolas. ¿No sabía jugar sin hacer aquel ruido infernal?, gritó mamá mientras cruzaba frente a la puerta de la cocina. Cuando vio la calavera me señaló con el cucharón de las lentejas,

—¿Cómo has trepado hasta el altillo? ¿Es que no sabes que puedes romperte la cabeza?

Dejé el saco sobre las baldosas y la calavera en un estante, junto a los cereales del desayuno.

—¿De quién son los huesos mamá?

—No lo sé, de algún muerto olvidado en la fosa común del cementerio. Tu padre los recogió allí cuando estudiaba Medicina. No quiero que juegues con ellos.

—Es que me aburro. ¿Y Alicia? ¿Me ha llamado? ¿Ya ha dicho cuándo su madre la va a dejar a venir a casa?

No, cariño, ¿por qué no invitaba a otra niña de mi nuevo colegio?

Porque ninguna quería ser mi amiga, mamá. Soltó el cucharón sobre la tabla en la que picaba los ajos. Frotó sus manos en el delantal y cortó con los dientes un trozo de hilo de bramante con el que ataba en Nochebuena las patas del pavo relleno antes de meterlo en el horno. Cogió la calavera y ensartó el hilo entre el hueso de la mejilla derecha y la mandíbula, hizo un nudo y volvió a repetir la misma operación en el lado contrario. Después tiró abajo y arriba del mentón un par de veces, *“así está mejor, mucho mejor, gracias y mil veces gracias”*, dijo, con una vocecita repelente que me hizo reír, como si la calavera fuese su muñeca y ella una ventrílocua. Me la devolvió con la boca ya cerrada, tranquila, un poco distante.

—Ahora métela en el saco y llévalo al trastero.

Cuando la Nena le echó un vistazo a la calavera, se encaprichó de ella y tuve que prestársela, no fuera que se le desencadenara una crisis. No soportaba que se quedase otra vez quieta y callada, sus ojos verde uva fijos aunque le pasara mi mano por delante, convertida en una copia terrorífica de su muñeca Wanda. Me prometió que la cuidaría muchísimo, que no le contaría nada a mamá. Un rato después regresé a su cuarto, el cráneo, vuelto del revés, era un jarrón adornado con geranios del jardín, que presidía la mesa en que mi hermanita tomaba el té cada tarde con sus muñecas. El agua se había filtrado por las hendiduras de las órbitas y parecía una isla de hueso, coronada de vegetación, flotando en un lago diminuto.

—Esto no está bien —sequé la mesa con el bajo de mi falda.

—¿Crees que a ella le molestará? —frunció los labios como si fuera a llorar.

—...No creo, cariño, seguro que le encantan las flores.

Sonrió y me dieron ganas de comérmela a besos. Me senté en una de las sillitas, entre ella y Wanda, las dos con vestidos blancos de organdí, zapatos de charol, cintas rosa prendidas de sus tirabuzones castaños, como si fueran gemelas.

Al mediodía Primogénito regresó de su castigo en el colegio. Le había pegado un par de puñetazos a uno de sus compañeros de clase en una pelea en el patio. Los escalones retumbaron bajo sus botas de fútbol mientras subía al segundo piso pero, en vez de entrar en su cuarto, irrumpió en el mío. Me pilló sentada sobre la alfombra, entre un reguero de huesos y un atlas de Anatomía que había birlado de la biblioteca de mi padre.

—¿De dónde los has sacado?

—Shh...No grites. Son de papá.

Cerró la puerta. Le alcancé un fémur pero no lo quise, se arrodilló de golpe sobre la alfombra, su flequillo negro apartado de la frente con un soplido, empezó a toquetear un par de falanges y una tibia. Al final, su elección fue un húmero que blandió por encima de su cabezón como un bate de béisbol. Así que te gustaban los huesos, hermanita.

—Suéltalo, bruto, vas a estropearlo.

Entonces me lanzó un golpe por sorpresa con el húmero, pero lo paré con el fémur que aún sostenía en la mano. Los huesos chasquearon entre sí con un crujido violento, que sonó a cañas huecas. Hecha una furia, le estampé el fémur en la barbilla. Aulló de dolor, me miró con rabia asesina y, cuando iba a abalanzarse sobre mí, mamá abrió la puerta y nos arrebató los huesos de un manotazo, ¿es que acaso éramos cavernícolas?, acabaríamos abriéndonos la cabeza. Nos obligó a recogerlo todo y a guardarlo en el saco. Quedaba confiscado hasta nueva orden, dijo, mien-

tras arrastraba por la camiseta al bestia de Primogénito fuera de la habitación.

A la mañana siguiente mi hermano amaneció con un morado del tamaño de un huevo de paloma en su mentón. Aunque papá no se dio cuenta de aquel detalle y eso que hubo comida familiar, Primogénito y yo, frente a frente, en la mesa del comedor, pateándonos las espinillas por debajo del mantel cuando nadie miraba. Después del flan, mamá cogió a la Nena en brazos y la sentó encima de papá.

—¿No notas que está un poco pálida? Esta semana ha tenido dos crisis.

Papá enarcó las cejas, él no había visto nunca ninguna. Pues ahora que lo mencionaba, dijo mamá, era cierto que siempre sucedían cuando él estaba fuera... que era la mayor parte del tiempo.

Papá no dijo nada. Tiró hacia abajo con su índice de los párpados de la Nena y le observó el blanco de los ojos, luego la hizo abrir la boca y enseñarle la lengua, golpeó sus rodillas con el mango de un tenedor y las piernitas de mi hermana, embutidas en calcetines blancos de crochet, se dispararon hacia delante como si tuvieran resortes.

—Está perfectamente—sentó a la Nena en su silla.

Pero mamá no estaba de acuerdo, había que llevarla al hospital y hacerle pruebas, podría tratarse de crisis de ausencia, por algo era enfermera y las había visto con sus propios ojos. Y él había sido su profesor y creía que estaba equivocada.

—Mi única equivocación es haber dejado mi trabajo cuando nació la Nena.

—¿Para qué quieres trabajar? Ya me ocupo yo de mantener esta familia—papá desplegó el periódico con

un sonoro chasquido. Primogénito enrojeció y apretó los puños sobre la mesa, los párpados de Wanda se cerraron, yo deseé desaparecer-. Lo que necesita es jugar con otros niños de su edad.

Empezó a leer las noticias.

O que él la abrazara de vez en cuando, querido... También era su hija. Mamá se llevó los platos a la cocina. *"En casa de herrero, cuchara de palo"*, la oímos murmurar desde allí. Primogénito, la Nena y yo nos levantamos de la mesa en silencio, mi hermana se sentó en el sofá y le cambió el vestidito a Wanda, mi hermano encendió el televisor y yo me fui al trastero.

Regresé al comedor y deposité el saco sobre el mantel. Mi padre apartó el periódico, sus ojos se iluminaron igual que los de la Nena cuando encontraba por casualidad un juguete perdido. Desató la cuerda. Hacía tantos años, ¿dónde lo había encontrado, hija? Antes de que pudiera contestarle, mamá había descubierto aquel saco mugriento sobre su mantel de hilo de los domingos. ¿Me había vuelto de-fi-ni-ti-va-men-te loca? Si llegaba a caerme del altillo, iba a desnucarme. Papá le pidió que me dejara en paz, que así recordaría su época de estudiante. Ella nos apuntó con su índice como si fuera una pistola: en vez de perder el tiempo con esos huesos, ya podría él arreglar el grifo de la cocina o darle una mano de pintura a la reja del jardín. Dio un bufido y se sentó en el sofá junto a Primogénito, que estaba viendo una película de marcianos. La Nena se acomodó en el regazo de mamá y Wanda en el de la Nena: un trío de muñecas de ojos verde uva, larguísimas pestañas, tirabuzones castaños.

Entonces papá y yo desparramamos los huesos como si fueran las piezas de un puzle y los clasificamos en tres montones: tronco, extremidades superiores y extremidades inferiores. Primogénito nos fulminaba con

sus celos desde la esquina del sofá mientras emparejábamos cada vértebra dorsal con sus costillas e íbamos engarzando las tibias en los astrágalos, los radios en los escafoides. Después de un par de horas compusimos un grácil esqueleto descabezado. Mi corazón latía muy rápido, me sentía feliz, aquella era la primera vez que mi padre me prestaba tanta atención. Le pedí entonces a la Nena que trajese la calavera de su cuarto. Mamá me desaprobó con un arqueo de sus cejas mientras secaba con una servilleta el interior de aquella cosa muerta que aún olía a geranios marchitos. Me la devolvió y coroné con ella al esqueleto, ¿era hombre o mujer?, le pregunté a papá.

—Fíjate en su pelvis: tiene forma de cuenco y sus alas laterales parecen mariposas. Es una pelvis femenina.

Cuando creciera quería tener una pelvis así: preciosa y delicada, dije. Papá sonrió. En vida ella también había sido preciosa y delicada, una chica pelirroja que vivía en el barrio donde él se había criado. Una extranjera de la que nunca supo su nombre, solo que la tisis la había convertido a los diecisiete años en un saco de huesos, antes de llevársela por delante.

—No puedo creer que hayas traído a casa el esqueleto de una antigua vecina —dijo mamá.

—¿Por qué no? Su nicho estaba abandonado. Los enterradores iban a arrojar sus huesos a la fosa común.

Mamá suspiró, le brillaban los ojos. Besó a la Nena en la coronilla, se volvió hacia la pantalla del televisor. Papá acarició entonces el esternón del esqueleto, la mirada perdida, ensimismado en sus recuerdos, como si yo no existiese y no fuera testigo de aquella exquisita ternura con que su mano tocaba el hueso, una ternura que a nosotros no nos había dedicado nunca. Después salió al jardín y encendió un puro.

Saco de huesos estuvo expuesta encima de la mesa del comedor hasta la tarde del lunes. Cuando llegué del colegio empecé a desmontarla. Mientras lo hacía, descubrí que una de las esquinas del mantel estaba chamuscada. Se deshizo entre mis dedos como si fuera carbonilla. Doblé el mantel con prisa y lo guardé en un cajón antes de que mamá lo viera.

Un domingo de octubre merendamos chocolate con churros para celebrar nuestro primer año en la vieja mansión de la colina. Era una casa de techos y suelos de madera de tea, dos plantas y desván, que una millonaria agradecida había donado a mi padre por haberla curado del riñón. Hasta entonces habíamos vivido como nómadas, mudándonos de casa quemada en casa quemada. Los rumores sobre nuestra inexplicable racha de mala suerte se habían propagado, de boca en boca, de una manzana a otra de la ciudad y ya circulaban en el vecindario. Y nosotros nos veíamos obligados a explicar ante la insistencia de algún curioso, una y otra vez, en el colegio, en el parque o en el mercado, las mismas historias: la sartén olvidada al fuego, el cortocircuito del salón, la combustión espontánea del motor del coche en el garaje.

A medida que los plátanos del jardín se fueron deshojando, la rutina se instaló en la casa como un pariente de visita. Mamá quejándose porque su marido era el único médico de la ciudad que siempre hacía guardia los festivos, porque deseaba volver a su puesto de enfermera en el Hospital. La Nena sufría alguna ausencia pero continuaba decorando la calavera con flores de temporada. Primogénito se liaba a puñetazos con algún compañero si papá no iba a verle jugar un partido de fútbol. Las niñas del colegio seguían rehuyéndome y la madre de Alicia siempre olvidaba darle el recado a su hija cuando la llamaba por teléfono para invitarla a jugar a casa cualquier sábado.

En las tardes de lluvia, enclaustrada en mi habitación, armaba y desarmaba sobre la alfombra el esqueleto de la chica del saco que escondía bajo mi cama. Con la práctica aprendí a reconocer al tacto cada uno de sus huesos y me acostumbré a que mis dedos olieran a tumba, a pesar de que los frotaba una y otra vez con jabón. A veces aliviaba la soledad tomando prestados sus cúbitos. Con ellos tocaba una melodía melancólica, que sonaba a xilofón desafinado, haciéndolos chocar contra los barrotes de metal del cabecero de mi cama.

Una tarde de finales de otoño Primogénito apareció en el salón con las notas del último trimestre. Se las entregó a papá con un gesto desafiante. Papá las recitó en voz alta: Notable en Matemáticas, Sobresaliente en Lengua Española y Deporte, aprobado en Ciencias, Física y Química. Arrugó el ceño.

–Tienes que apretar más en Ciencias, hijo. Si no, no podrás matricularte en Medicina.

Primogénito enrojeció como si acabaran de escaldarlo. ¿Y quién quería estudiar Medicina? Él iba a ser futbolista profesional ¿Futbolista? Pero eso no era serio, no iba a romperse la tradición por un capricho suyo: el abuelo había sido el primer médico de la familia, él, el segundo. Primogénito sería el tercero.

–Te equivocas–me señaló–. Es a ella a quién le interesan tus huesos.

–Tu hermana puede estudiar enfermería, como su madre, ¿verdad, hija?

Me mordí los labios para contener las lágrimas

–No. Yo seré médica.

Corrí escaleras arriba y di un sonoro portazo, al estilo de Primogénito, antes de encerrarme en mi habitación.

El día siguiente amaneció ventoso y desapacible.

Después de la merienda, mamá salió a comprar verdura para el potaje de la cena. Mientras estudiaba en mi cuarto, empezó a oler a papel quemado. Me asomé a la ventana, Primogénito se ocultaba en ese momento entre los plátanos del jardín. Sobre el césped, junto a una lata de gasolina, ardían en una hoguera los tratados médicos de papá. Las chispas, alborotadas por el alisio, ya habían prendido el balcón del cuarto de mis padres. Saqué de debajo de la cama a Saco de Huesos y corrí a buscar a la Nena. La encontré perdida entre el humo denso que oscurecía el pasillo de la segunda planta, llevaba a Wanda y la calavera. Bajamos a toda prisa, tosiendo, cogidas de la mano. Unos segundos después salimos al jardín. Seguimos corriendo hasta la calle. Desde la acera, la Nena, Wanda, Saco de Huesos y yo, contemplamos la mansión en llamas, la colina parecía un volcán que escupía lava y fuego. Mientras, a lo lejos, ululaba la sirena del coche de bomberos.

Mamá apareció un buen rato después, alarmada por la columna de humo y el olor a madera quemada. Cuando nos vio, soltó la cesta rebosante de papas y bubangos y se abalanzó sobre nosotras. Empezó a palpar, nerviosa, nuestras caras, las piernas, las manos, como si quisiera asegurarse de que no nos habíamos roto, de que aún seguíamos vivas.

—¿Dónde está tu hermano, cariño?—me preguntó.

—Se escapó. Fue él, mamá. Siempre ha sido él.

Abrió mucho la boca igual que la calavera el día que la encontré.

En lo alto de la colina la casa se había calcinado ya hasta los cimientos, era un esqueleto de tea que se desplomaba bajo los surtidores de las mangueras.

Cuando papá regresó del hospital sujetando su maletín, ya era noche cerrada y los bomberos aún deam-

bulaban entre los rescoldos de la casa. Nos encontró bajo la farola del jardín, envueltas en mantas que nos habían prestado unos vecinos. La Nena tenía la mirada fija, sus párpados temblaban como si debajo de ellos corrieran gusanos. Papá pasó la mano por delante de sus ojos, la llamó por su nombre pero no contestó.

—...¿Y el chico? ¿Dónde está?—dijo

Mamá contestó que no lo sabía, que huyó, que era el culpable del fuego. De todos los fuegos.

Papá se llevó las manos a la cabeza y luego lanzó su maletín a lo lejos. Al caer sobre la hierba cubierta de cenizas, cedió el cierre. El fonendoscopio, el martillo, los palitos con los que nos aplastaba la lengua para mirarnos las amígdalas, rodaron por el suelo. Enseguida nos abrazó a todas juntas, muy fuerte, como si fuéramos humo que se desvaneciese entre sus brazos.

Desde entonces vivimos de alquiler en otra ciudad, donde iniciamos una nueva vida a salvo de murmuraciones acerca de nuestro récord de casas calcinadas. A Primogénito le enviaron a un internado y es el capitán de su equipo de fútbol, la Nena ya tiene tratamiento y no se han repetido sus crisis, a mamá la contrataron de supervisora de enfermería en el hospital. Papá me regaló su maletín y ya no hace guardias los festivos.

A mi querida Saco de Huesos la enterramos en un tranquilo cementerio junto al mar. Cada primavera, sin faltar ninguna, la Nena y yo adornamos su lápida con flores de temporada.

1° ACCÉSIT DE PUBLICACIÓ

# EL ERIZO

*Amaia Arana Muñoz*

## Amaia Arana Muñoz

Amaia Arana nació en Bilbao en 1979 pero reside en Berlín desde el año 2000. Después de cursar estudios de arquitectura en la Technische Universität Berlin rodó varios documentales, entre los que destaca: *"The failure of beauty – Dead Chickens Berlin"*, que se estrenó en el cine en el 2007. Actualmente trabaja en su propia empresa de ropa Vintage y escribe.

# El Erizo

## 1° ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Me ponía enferma que pasase de noventa cuando cruzábamos los pueblos de noche. Hacía uno o dos meses, había atropellado a un gato en una curva porque, a la velocidad a la que iba, si hubiese frenado, los perros habrían salido volando por el parabrisas. Tuvimos una buena bronca. Casi me hace bajar del coche.

Hoy era domingo y hacía un calor insoportable. Yo me había puesto los auriculares y él conducía, sencillamente, como un lunático. Poco antes de dejar la carretera general y salir a la autopista, nos encontramos con un atasco. Se puso frenético.

—No voy a estar aquí toda la noche. Nos volvemos al pueblo. Saldremos mañana temprano.

No puse pegas; tampoco habría servido de nada. Dio la vuelta con la furgoneta y yo me volví a poner los auriculares. Eran las once de la noche, llegaríamos sobre las doce y podríamos dormir un par de horas antes de volver a la ciudad para que él llegara puntual al trabajo. Hacía más de un año que yo ya no trabajaba. El médico me había dicho que tenía que cuidarme los nervios. Lo de los auriculares era nuevo; antes, solíamos hablar en el coche, hasta que un día dejamos de hacerlo. Abrí la ventanilla y cerré los ojos. La noche olía

a heno húmedo. Era un olor agrio, penetrante, pero no se podía decir que fuese del todo desagradable. Me adormecí poco a poco. Un golpe de volante me hizo abrir los ojos.

–Pobre bicho, lo van a atropellar.

–¿Qué?

–Había un erizo en la cuneta. ¿No lo has visto?

–No. ¿Dónde?

–Allí detrás.

Me volví en el asiento.

–Para el coche.

–No.

–¿Por qué? Lo podemos poner a salvo.

–Seguro que ya estaba muerto, y si no, ya habrá cruzado.

–¿Qué te cuesta parar el coche? –casi grité.

–No voy a parar. No vas a gastar mi dinero en un erizo medio muerto.

–¿Cómo sabes que está muerto?

–Porque estaba quieto. No se ha movido.

El semáforo del cruce se puso en rojo. Tuvo que frenar y dejar el coche en punto muerto. Me pareció una señal. Seguí discutiendo.

–Igual solo está herido o asustado y lo van a atropellar ahora.

–Pues mejor. Así no sufriré más.

Sin mirarle, abrí la puerta y me bajé del coche en marcha. Todavía le oí gritar por la ventanilla que si me iba, podía ir andando hasta la cabaña. No pensaba volver a recogerme. Desfilé calle abajo, sin volverme, mientras oía el motor del coche alejarse. Intenté aparentar seguridad andando con soltura. Estaba convencida de que daría la vuelta en seguida. No quería que se diera cuenta de que dudaba. Miré a mi alrededor. La carretera estaba oscura. Un par de casas destartadas aquí y allá alumbradas por una farola vieja. No había un alma. Agucé el oído, pero tampoco se oía nada, ni siquiera un motor de coche acercándose. Bill se había marchado de verdad. Pensé en llamarle por teléfono y disculparme. Ya no estaba tan segura de que hubiese sido una buena idea bajarme del coche. Sobre todo porque se acercaba una tormenta; podía ver los relámpagos en el horizonte. Me entraron náuseas. ¿Qué es lo que había dicho el médico?

De repente, oí un ruido. Me volví con esperanza. Seguro que era Bill. Unos segundos después, un descapotable, posiblemente rojo, me adelantó tocando el claxon. Angustiada, eché a correr calle abajo. Dos coches disminuyeron su velocidad al cruzarse conmigo. Empecé a sudar. Si el erizo no estaba muerto antes, lo estaría ahora. Había perdido unos minutos preciosos dudando. Maldije mi debilidad, mi total falta de foco. Seguí andando. Me había quedado sin aliento. Casi había llegado ya a la salida del pueblo. Intenté alegrarme. Por lo menos, el erizo había conseguido cruzar la carretera ileso. A punto de dar la vuelta, divisé un bulto. Corrí hacia él. El erizo estaba caído de lado en el arcén

..... Amaia Arana Muñoz

con las patas estiradas. Estaba ensangrentado, pero cuando lo toqué, se hizo una bola y sentí las púas clavándose en mis dedos. Comenzó a llover con violencia. Apreté al erizo contra mi abdomen y seguí calle abajo hasta un porche. El calor del asfalto me subía por las piernas. Tenía la carne de gallina. Para mí asombro, me di cuenta de que me había olvidado el bolso en el coche. Por suerte, encontré el móvil en el bolsillo de mis *shorts*. Automáticamente, marqué el número de mi mejor amiga.

–¿Qué tal estás?

–Bien. ¿Y tú?

–Me he encontrado un erizo. Creo que lo han atropellado... ¿Puedes buscar en internet qué se puede hacer? No tengo cobertura aquí.

–¿Un erizo? ¿Dónde estás?

–En un pueblo abandonado. He saltado del coche... Bill no quería parar.

Hubo un silencio largo.

–Espera... No pone nada. Puedes llevarlo al veterinario, pero cuesta dinero.

–No tengo dinero.

–Pues no sé... ¿Sabes que si frenas para no atropellar a un erizo y el coche que va detrás se choca contigo, el seguro no paga?

–No, no lo sabía. ¿No pone qué se puede hacer?

–No.

–Ya.

-¿Qué vas a hacer?

-No lo sé. Está lloviendo.

-El telediario ha dicho que se acerca un huracán. Hay alerta roja.

-Ya.

-Bueno, es que los erizos son tan pequeños... Y no te hacen nada. Quiero decir al coche. Pero si te sale un venado, es otra cosa. A mi madre le pasó.

-Ya. ¿Y le pasó algo a tu madre?

-No, pero el coche quedó hecho polvo.

-Aquí cada vez llueve más.

-Aquí también, y están volando cosas por la calle. No me parece una buena idea.

-¿Qué?

-Que te hayas bajado del coche por un erizo -el tono era de reproche-. Estás sacando otra vez las cosas de quicio. Después de todo lo que Bill ha hecho por ti...

No respondí. No se me ocurrió nada que decir. Hubo otro largo silencio.

-¿Pero el erizo está vivo? -el tono era impaciente.

-Sí.

-¿Y cómo lo sabes? -no parecía creerme.

-Porque respira.

-¿Y cómo lo sabes?

Dudé un momento.

–Porque yo también respiro.

Estaba relampagueando. La explosión de luz me cegó por un momento, y el trueno la siguió al instante. Un par de ramas viejas daban vueltas en el aire. Una de ellas cayó a un metro de mí y se hizo pedazos en el suelo. Miré al erizo; las patitas estaban intactas. Parecían cucharillas de helado. No parecía muy averiado. La furgoneta apareció en la carretera. Bill me había venido a buscar. No me vio en el porche, estaba demasiado oscuro. Siguió carretera abajo. Me escondí tras la puerta y apagué el móvil. La furgoneta volvió a pasar al cabo de un par de minutos, pero esta vez en dirección contraria y muy despacio. Contuve la respiración. Bill parecía preocupado y los perros, también. Estaban asomados a la ventanilla. Pensé que ya no eran míos.

2° ACCÉSIT DE PUBLICACION

# *Del Futuro Imperfecto*

*Melanie Reiriz Vieira*

## Melanie Reiriz Vieira

Melanie Reiriz Vieira nació en Santa Cruz de Tenerife en 1977.

Es licenciada en Ciencias de la Información y en Filología Inglesa, además de poseer un máster en Protocolo y Comunicación.

Ha dedicado gran parte de su vida profesional al ejercicio del periodismo en diversos medios, principalmente agencias de noticias y publicaciones de diversa índole, lo que le ha permitido fusionar su veneración por la escritura con su vocación de informar con el máximo rigor.

Asimismo, a lo largo de los años ha combinado su faceta periodística con labores de redacción y traducción en publicaciones bilingües, además de con la docencia, otro de sus intereses.

Apasionada de las pequeñas cosas, vuelca en sus relatos su amor por la literatura y su constante búsqueda de las palabras adecuadas. Con el primero que presenta a un concurso, *“Del futuro imperfecto”*, ha obtenido el segundo accésit dentro del X Certamen de Relatos Breves Mujeres 2015 de Santa Cruz de Tenerife.

# Del Futuro Imperfecto

2° ACCÉSIT DE PUBLICACION

Nada más cumplir su primer añito de vida su madre la llevó al médico porque no hablaba. Balbuceaba sonidos inconexos mientras exigía, con cara de pequeña dictadora y sin parar de palpar los bigotes, termómetros o estetoscopios a los que daba alcance, lo que deseaba investigar. Cumplían de inmediato sus peticiones unos adultos preocupados, ignorantes ellos de que, simplemente, su silencio enmascaraba una inteligencia capaz ya de considerar improductivo el mero acto de hablar. Con un solo gesto el mundo era suyo.

Como era una de las anécdotas favoritas de su madre, no era difícil prever que la tarde siguiente, fecha de cumpleaños de esta mujer que ya no solo hablaba, sino que dialogaba, discutía y se comunicaba, incluso, en otros idiomas, tendría que volver a escuchar la manida narración de estos hechos banales que todo el mundo encontraba encantadores en boca de su progenitora. Ella los repetía año a año, amparada en un supuesto derecho de avergonzarla ante sus amigos solo por haberla traído al mundo.

A sus casi 40 años, estas situaciones ya no tenían la importancia de antaño, pero pese a su supuesta madurez, aún le importunaba en secreto que, de todo lo que había logrado en la vida, sus éxitos personales y laborales quedaran ocultos tras esta anécdota infantil que

su madre relataba en cada ocasión festiva, orgullosa de su carácter especial.

Pocas veces reconoce que fue una niña circunspecta hasta decir basta, con un rico mundo interior que la protegía del complejo y amenazante exterior al que no acababa de verle sentido. Tal era su excesiva preocupación que, al soplar las velas de la tarta de su octavo cumpleaños, deseó lo que pocas personas habrán deseado jamás: saltarse el resto de su vida. Imploró convertirse, ya mismo, en una octogenaria que hubiera vencido todos los lances que nos aguardan mientras cohabitamos la misma superficie en desiguales condiciones. No se lo contó a nadie, pero lo deseó con toda esa vehemencia con la que solo los niños son capaces de exigir que haya magia.

La vida no hay que tomársela tan en serio, se reprende ahora mientras coloca aquellas ocho velas más las otras 32, tan rápido pasa el tiempo, sobre un sencillo pastel casero. Acerca su rostro y, pese a tanta candelilla, siente una fresca ligereza en contraposición con la excesiva gravedad que experimentó aquella tarde lejana en la que también dejó de creer en los deseos de cumpleaños.

La mujer que ahora era hizo hueco en la mesa principal para el pastel apartando varias revistas que había adquirido recientemente, atraída por los mensajes que, en sus portadas, prometían orientarla sobre qué hacer a continuación: “La magia de ser mujer a los 40”. “Los 40 son los nuevos 30”. “Cómo superar la crisis de los 40”. Según leyó, diversos estudios indicaban que se hallaba en la edad en la que una mujer empieza a perder la autoestima. Otros, que se enfrentaba al momento vital en el que se comienza a experimentar una segunda juventud. Mientras científicos, psicólogos y

aludidas trataban de ponerse de acuerdo, ella resolvió intentar ignorarlos a todos.

Decidió tratar de ser, siempre, la mejor versión de sí misma, aunque reconoció bajito, en su interior, que ya no empezaba con muy bien pie: se había excusado ante sus amigos con el pretexto de una celebración exclusivamente familiar y, ante sus parientes, alegó una reserva en un ruidoso local de moda al que sabía de sobra que preferirían no acudir. No quería celebrar con nadie que había tenido que llegar por sus propios medios a la mitad exacta de su periplo hasta la mujer octogenaria que aquella tarde ahora lejana anheló ser.

En esta ocasión sin invocar a la magia, pero con la misma intensidad con la que cualquiera se aferra a un propósito de año nuevo, decidió que ese día nada lograría atribularla pero, como suele suceder con estas resoluciones, su poder se desvaneció con la rapidez del soplo de una vela. Mientras se concentraba en apagar las 40 luces parpadeantes que le recordaban a un incendio en miniatura, ella imaginó que este pequeño huracán de aire autopropulsado desterraba también, consigo, la memoria de lo errado.

Exhaló y casi sonrió pero notó que sus ojos, aparentemente límpidos, encubrían un fondo acuoso y turbio de lampreas expectantes. Intuía que, en cuanto las sobrepasara, se adherirían a su cuerpo como un lastre que la arrastrase hasta su propio fango. En ese momento, lloró con la intensidad de quien desea desaguarse definitivamente de lágrimas. Lloró y lloró hasta vaciarse de todos los hematófagos que debían llevar décadas adheridos a su corazón. ¿Cómo era sonreír, cómo era?

Cuando su respiración se normalizó, consciente de que todavía quedaban, al menos, un par de horas de

luz, decidió callejear sin rumbo mientras terminaba de serenarse. Un escaso margen antes del regreso a la oscuridad de su vida, pensó.

Todavía era una tarde agradable en una pequeña ciudad costera que comenzaba lentamente a despedirse del verano, sin desatenderlo del todo. Algo aturdida tras tanta rabia sollozada y por alguna que otra copa en solitario, concentraba sus energías en concretar cada dubitativo avance.

Recuerdos inconexos le salían al paso a fognazos. A medio camino entre lo lisérgico y lo onírico, incapaz de decidir qué era real y qué fruto de su confusión, escuchó el alboroto de un grupo de niños que reía en algún lugar cercano, algarabía que la hizo evocar su propia imagen a los nueve años.

Inopinadamente, volvía a ser aquella niña que cada día anhelaba en silencio formar parte de aquel bullicio infantil. Con ella claramente ante sus ojos, rememoró sus tímidos pasos recorriendo el patio del colegio al encuentro de otros menores que se abalanzaban, alborozados, sobre un balón a medio desinflar. Contagiada por aquel alegre estruendo, comenzó a correr a su lado como un pájaro que aletea torpemente tras escapar de su jaula en un descuido de su captor. Recreó, incluso, la sensación del aire en contra, el vértigo de la carrera.

De súbito, otra vez la inmovilización.

Las niñas no podían, oyó. Te darán un balonazo, continuaron alegando las mismas voces adultas que la alejaban de las risas, tirando firmemente de su brazo. Revivió la extraña desazón que la atravesó de punta a punta mientras miraba a aquellos niños correr despreocupados, sin miedo al repentino peligro esférico.

Anheló su indiferencia, la evidente comodidad de hallarse en su piel y su convicción de que, a ellos, nadie les diría que no.

Solo los años le habían ayudado a entender el verdadero significado de lo que había acaecido realmente aquella tarde en que llegó erróneamente a la conclusión de que la separación por sexos era fruto de una injusta lotería genética, que determinaba quién podría lograr lo que se propusiese y quién quedaba limitado a ser lo que le dejaran ser.

Aunque no había vuelto a pensar en aquel día, esa imagen la había acompañado inconscientemente muchos años. Sin embargo, poco a poco la rabia se disipó como desaparecen las palabras que no llegan a escribirse. La vida, esa que tanto temía, fue la que curó esa herida la tarde de su graduación. Recibiendo su anhelado diploma sintió que en sus manos no sostenía solo un papel, sino un permiso oficial para correr sin miedo; una certificación de su aptitud para, también ella, trotar tras aquella pelota ante un equipo de iguales. Consciente de que solo el que se moviera más rápido y se mantuviera más tiempo firme en la brecha conseguiría marcar el tanto de la victoria. En plena catarsis personal, decidió que no volvería a sentarse a ver a otros jugar ni se dejaría agarrar otra vez del brazo.

Se sintió calmada.

Quizás la versión adulta de ella misma había corrido también mientras recordaba aquel episodio de su infancia, pero el agotamiento físico se traducía, ahora, en pasos más lánguidos pese a un menor peso en el alma. Miró alrededor y apreció cómo la arenosa luz parecía envolverla en su calidez.

Sumergida en esas evocaciones sentía que había recuperado el control tanto del ritmo cardíaco como de su vida. Se sentía fuerte, preparada. Lo opuesto a una niña endeble, asustada. Por primera vez, ya no envidiaba ser una abuela octogenaria que mirara hacia atrás una vez superadas las tribulaciones de la vida, sino la mujer que realmente era. Dispuesta a afrontar todo lo que la vida tuviese que depararle. A correr, a arriesgarse, a merecerse lo que consiguiese por sus propios méritos, sin importar nada más que su valía profesional y personal. Con ese inesperado espíritu sosegado prosiguió su marcha mientras deseaba que esa sensación no la abandonase jamás.

Para no interrumpir el ritmo de los restantes paseantes, en su mayoría turistas, se alejó de la arteria principal del casco antiguo de la ciudad y comenzó a deambular, disfrutando la sensación de desconocer lo que le esperaba en cada arista, en cada desvío. Lo que ella más había temido, lo desconocido, se mostraba ahora apetecible en su recién estrenada claridad.

Debatiéndose de nuevo entre el ensueño y la realidad puramente palpable se encontró de súbito ante una puerta abierta que permitía el paso a un rincón poco transitado, un lugar con toques de lo ilusorio, oculto en el hasta entonces poco sorpresivo entramado urbano. Como respondiendo a su llamada se inmiscuyó en el eterno reposo de un recoleto camposanto del siglo XVIII que, según el cartel de su fachada, permanecería aún unos minutos abierto al público. El espacio parecía esperar, sereno, a que alguien se detuviera a descubrir las historias de sus huéspedes. Eso la animó a entrar.

Cruces que indicaban el origen celta de algunos fallecidos se ubicaban junto a mausoleos que delataban una abundancia económica que, sin embargo, no pudo

vencer a la muerte. A su lado, sepulturas de piedras quebradas como esperanzas se mantenían en pie tambaleantes, siglo a siglo, con versículos bíblicos que caían, rotundos, sobre la losa.

Todos convivían, si se puede decir así, con ostentosas tumbas que loaban las proezas militares de sus casi heroicos ocupantes. Impresionada, comprobó cómo esas hazañas del ayer parecían empequeñecer a otros lechos más humildes en cuyas grietas, con la extraña convicción de que allí también se puede, brotaba la vida.

Casi en una esquina, el sepulcro más sencillo, el mensaje más intenso. Una sola frase que la hizo detenerse, por dentro y por fuera. Un nombre común de mujer, una fecha de nacimiento de hace casi dos siglos, otra con la de su octogenaria muerte, y una única oración a modo de epitafio: "Ella amó mucho". De entre todas, esa fue su opulencia.

Una certeza de origen desconocido la convenció de que alguien que seguramente la amó con la misma vehemencia concedió que esa frase, resumen de toda una vida, fuera su despedida. O quizás ella misma, consciente de su plena condición de mujer amante, así lo estableció en horas próximas a su partida.

Para aquel que la conoció y estimó, y tal vez también para esa mujer que llevaba más de un siglo sin vida, ése fue el capítulo más importante de su biografía. Con esa oración tan simple, compuesta por un sujeto, un verbo y adverbio que indicaba cantidad, se resumía toda una existencia plena. Toda una profusión de amor.

Ella pensó que, a pesar de que esa tarde se cruzaron sus caminos, esa mujer seguirá siendo una com-

pleta desconocida. Nada la unía a su recuerdo hasta que se encontraron por azar, o no, aquella tarde de septiembre. Callejeando ella, esperando, quizás, la mujer amor.

Súbitamente, comprendió que lo que había deseado en su octavo cumpleaños y que, aparentemente, se le había negado, llegaba ahora a sus manos en forma de magistral lección. En su mente recitó el *Romance del niño que todo lo quería ser*, de Manuel Benítez Carrasco, pero en femenino singular. Pronunció en voz queda su inolvidable final: ahora ella era la mujer que quería ser niña, pero ya no podía ser.

Aunque no solía pensar en la muerte, al menos, no en la suya, con este pequeño hallazgo ella meditó, en contraposición, largo sobre la vida: Quizá esa mujer no hiciese historia, ni tuviese posibilidades para hacer realidad sus aspiraciones, ni perteneciese a una familia con posibles cuyo sepulcro engalanado reflejase su dolor a la vez que su estatus. Lo único que supo de ella es que supo cómo vivir. Y eso ya es mucho.

3° ACCESIT DE PUBLICACION

# Historia de una Gran Desconocida

*Lara Gimeno Rodríguez*

## Lara Gimeno Rodríguez

Actualmente vive en Tenerife con sus padres y su hermana pequeña después de dejar Madrid cuando tenía tres años. Estudia 1º de Bachillerato en el IES San Benito de San Cristóbal de La Laguna (Tenerife).

Sus aficiones son escribir cuentos como este que están a punto de leer, dibujar, la música, el cine y la lectura. Sus libros favoritos son *La Ladrona de libros*, *Todo lo que cabe en los bolsillos*, *El festín de la muerte*, *El Mago de Oz*, *El niño del pijama de rayas*, *La elegancia del erizo* y *El Principito*. Piensa estudiar física y bellas artes, pero también escribir e ilustrar sus propios cuentos.

Ha ganado dos concursos de relatos cortos, ambos organizados por el IES San Benito, con sus cuentos *La infancia y la guerra* y *Carta de un soldado a su mujer y a sus hijos*.

# Historia de una Gran Desconocida

## 3° ACCESIT DE PUBLICACION

*Hace poco hemos terminado un trabajo muy importante que hará mundialmente famoso a mi marido. Mileva Maric*

–A ver Mileva, ¿empezamos?

–¿Y por dónde quieres que empiece?, tantos recuerdos, hemos pasado tantas cosas, se me hace difícil recordarlo... hace tanto tiempo... eres la primera persona que se interesa por mi historia y no me pregunta por la de mi marido.

–¿Qué te parece si empezamos por el principio? Por el principio de tu historia. Tu infancia, ¿dónde naciste?

–Nací en 1875, en Serbia. Es un pueblo precioso, te gustaría. Hace ya mucho que no voy por ahí. Vivía con mis padres en una pequeña casa. Me encantaba la música.

–Hay gente que dice que eras muy inteligente para tu edad. ¿Es verdad?

–No del todo, sí sacaba buenas notas, pero no puedo imaginarme como un genio, no soy como Albert.

–Te apasionaba la física y eras muy buena en matemáticas.

–Así es. Ver esas fórmulas interminables llenar las negras pizarras, el saber que yo podía encontrar la solución a esos complejos problemas, era una sensación indescrip-

tible, era como tener un poder que solo yo poseía y que podía hacer que ese problema tuviera solución o que se quedara como un problema... No puedo describirlo bien, ojalá pudiera describirte esa maravillosa sensación...

–¿Tus padres se preocupaban por tu educación?

–Bastante creo yo. Estudié en el Instituto de secundaria de Zagreb. Mi padre tuvo que solicitar muchos permisos para que me permitieran seguir estudiando, pues a partir del colegio, la educación estaba reservada para los niños. Esto obstaculizaba mi educación, pero mi padre lo consiguió y le estaré siempre agradecida.

–¿Cómo te fueron los estudios a partir de ahí?

–No podían ir mejor. Con 15 años, conseguí tener las notas más altas en física y en matemáticas.

–¿Eras la única niña del instituto?

–No. Había otra niña pero tampoco hablaba mucho con ella.

–Ya veo. ¿Te dejaron entrar en la universidad?

–Sí, en 1896. Tenía 21 años entonces. Superé el examen de entrada de la universidad de Zúrich.

–Vaya, ¿eres consciente de que conseguiste entrar en una de las universidades más prestigiosas del siglo XIX?

–Esta vez fue más fácil, pues allí si se permitía el acceso a las mujeres. Me matriculé en la Escuela Politécnica de Zúrich para estudiar física y matemáticas.

–Y fue allí donde conociste a Einstein.

–Sí, nos conocimos gracias a nuestro amor por la ciencia y la música. Estábamos muy enamorados...yo le ayudaba con las matemáticas y él me hablaba de física. No era muy bueno con los números pero tenía una gran imaginación “científica”, me explicaba sus ideas

fantasiosas, pero a la vez serias y creíbles. Me creía un niño pequeño al que le cuentan un cuento. Me creía sus cuentos y sus historias, tenía un gran talento...

–Al parecer, recibiste clases del Premio Nobel de Física, Phillip Lenard.

–Sí, durante mi segundo año en la universidad, pasé un semestre en la universidad de Heidelberg. El profesor Lenard me llenó ideas muy radicales y novedosas en el campo de la física.

–Sí, él fue un pionero de la mecánica cuántica e investigaba por ese tiempo sobre el efecto fotoeléctrico.

–Era un hombre verdaderamente excepcional.

–¿Einstein no fue contigo?

–No. Pero sí que estaba ansioso por que regresara. Me manda montones de cartas donde me preguntaba sobre mis clases en Heidelberg. Yo le mandaba cartas sobre las ideas de mi profesor que le parecían impresionantes.

–¿Qué querías hacer?

–Los dos queríamos dedicarnos a la docencia una vez que acabáramos nuestros estudios. Soñábamos con un puesto en la universidad.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–Ninguno de los dos llegamos a hacerlo. Albert tuvo problemas con H. Weber, el catedrático de física matemática y técnica. No le dejó conseguir el puesto de profesor ayudante.

–¿Y tú?

–Conseguí acabar la carrera en 1900, pero, no logré pasar el examen final de Licenciatura y no pude desarrollar el proyecto que tenía pensado para mi tesis.

–¿Pero cómo, tú, una alumna excepcional en mate-

máticas y física, con un expediente ejemplar, con unas notas elevadas, no conseguiste pasar el examen de Licenciatura?

—Albert pensó que se debía a su mala relación con Weber que por unas décimas me suspendiera el examen. No creo que fuera eso.

—¿Jamás pensaste que podría haberse debido al hecho de que eras mujer?

—No creo, como ya te he dicho, aceptaban mujeres en la universidad, no. Lo que pasó fue que me quedé embarazada. Dejé mis estudios en la universidad en 1901. Fue muy duro, pero no por ello dejé de dedicarme a la ciencia. Weber me dejó temporalmente realizar algunos trabajos sobre la capilaridad.

—Ese fue el primer gran trabajo que firmó Einstein, ¿no?

—...

—¿Tuviste una hija?

—Sí, nos establecimos en la casa de la familia de Albert durante un año, más o menos.

—Tengo entendido que su familia no te aprobaba.

—No, no les gustaba que yo fuera extranjera. Tampoco soportaban que me hubiera quedado embarazada fuera del matrimonio.

—¿Qué fue de la niña?

—Murió cuando tenía un año. No fue fácil para ninguno, ver como un alma tan joven deja este mundo, es desgarrador.

—¿Cuándo os casasteis?

—En 1903. Nos trasladamos a Berna, él trabajaba en la Oficina de Patentes y yo me ocupaba de la casa, aun-

que claro, seguía estudiando y trabajaba con él en sus investigaciones. Un año después, nació Hans y convertimos nuestra casa en una residencia para estudiantes que yo regentaba para conseguir ingresos suficientes para la familia.

–¿Podrías hablarme de La Academia Olympia?

–Era el nombre que dábamos a un grupo de científicos que se reunían en nuestra casa.

–¿Qué hacíais en esas reuniones?

–Estudiábamos y debatíamos ideas con otros científicos. Lo pasábamos muy bien juntos. Discutíamos no solo de ciencia sino también de filosofía.

–En 1905, Einstein publica sus trabajos más famosos, la teoría especial de la Relatividad, el trabajo sobre el Efecto fotoeléctrico y la teoría del movimiento browniano. ¿Participaste de esos proyectos?

–Si, sobre todo con su trabajo sobre la Relatividad. El siempre hablaba de nuestra teoría, de lo orgulloso que estaba de nuestro trabajo sobre el movimiento relativo.

–¿De dónde salieron las ideas para estos trabajos?

–Comenzó con la tesis que le presente al profesor Weber, cuando aun estudiaba en Zúrich, por desgracia, ese trabajo se perdió. El efecto fotoeléctrico se basa en los trabajos que hice en Heidelberg con el profesor Lenard. La teoría del movimiento browniano fue idea de Albert ya que le apasionaba la termodinámica. Yo contribuí a este describiendo el movimiento desordenado de las moléculas. Albert, como ya te he dicho, tenía un gran talento para el pensamiento científico y tenía ideas innovadoras. Yo, las pasaba sus ideas y las transcribía en forma de formulas matemáticas. El inventaba y yo daba vida. Formábamos el equipo perfecto. Nuestra vida era perfecta... Hasta que regresamos a Zúrich, en 1909.

-¿Por qué lo dices?

-Allí fue cuando todo se torció. Albert había conseguido una plaza en la universidad. Yo seguía acogiendo a los estudiantes para contribuir a la economía familiar. Seguíamos celebrando reuniones y debates científicos, empecé a notar como mi relación con Albert cambiaba, se volvía mas fría.

-El empezaba a ser un reconocido científico mientras tú empezabas a precipitarte al olvido.

-Así es. Un año después, tuve a mi tercer hijo. Yo ayudaba a Albert a preparar sus clases y sus conferencias y nos trasladamos a Praga donde en 1911 le ofrecieron un puesto en una universidad. No me gustaba nada la idea. En 1912, regresamos a Zúrich y en 1914 nos habíamos instalado en Berlín. No me gustaba mucho la ciudad.

-¿Tu sabias que él se veía a solas con tu prima Elsa?

-Si, tampoco es que el disimulara mucho, pero aun así, se me partió el corazón. Tiempo atrás jamás hubiera pensado que fuera capaz. Pero yo sabía que él no me quería como antes. Me daba la sensación de que estaba conmigo casi por costumbre.

-¿Por qué empezó a deteriorarse vuestra relación?

-Porque él buscaba la fama, el reconocimiento por su trabajo, lo ansiaba tanto que se empezó a olvidar de que tenía una familia. Además, para poder vivir con él, debía cumplir unas condiciones y tareas como esposa.

A. Tendrás que ocuparte de que:

1. Mi ropa este siempre en orden.
2. Se me sirvan tres comidas diarias en mi cuarto.
3. Mi dormitorio y mi estudio estén siempre en orden y que nadie toque mi escritorio.

B. Debes renunciar a todo tipo de relaciones personales conmigo, con excepción de aquellas requeridas para el mantenimiento de las apariencias sociales. No debes pedir que:

1. Me sienta contigo en casa.
2. Salga contigo o te lleve de viaje.

C. Debes comprometerte explícitamente a observar los siguientes puntos:

1. No debes esperar afecto de mi parte y no me reprocharas por ello.
2. Debes responder inmediatamente cuando te dirija la palabra.
3. Debes abandonar mi dormitorio y mi estudio en el acto.
4. Prometerás no denigrarme cuando así te lo demande yo ante mis hijos, ya sea de palabra o de obra.

–Vaya, ¿te las sabes de memoria?

–Cuando me las mostro, pensé que se trataba de una broma, pero no parecía estar de broma. Estaba serio, ni siquiera me miraba a los ojos. Cuando lo leí me entraron ganas de llorar, pues esta era la prueba de que ya no me quería. Ni como amiga, ni como esposa y por supuesto, como ayudante. He llevado cada una de esas cláusulas grabadas a fuego sobre mi corazón.

–¿Cuándo te fuiste?

–Al poco de llegar a Berlín, volví con mis hijos a Zúrich. Aunque no le concedí el divorcio cuando me lo pidió en 1916. No iba a darle esa satisfacción, en ese momento, sentía rabia contra él.

–¿Cómo sobreviviste en Zúrich?

–No fue fácil. Vivíamos en una pensión con muy pocos recursos, hasta que empecé a dar clases particulares de música y matemáticas. Pudimos alquilar un apartamento y conseguí darles una vida digna a mis hijos. La guerra y la separación me debilitaron y enferme.

–¿Cuándo firmaste el divorcio?

–En 1919. Al acabar la guerra, pactamos que si Albert ganaba el Premio Nobel, yo recibiría una parte.

–¿Crees que cumplirá su palabra?

–Me alegraría poder decir que sí, algún día...

En 1921, le dieron le concedieron el Premio Nobel de Física a Einstein, quien le envió el dinero del premio a Mileva Maric. Era una especie de reconocimiento a su trabajo.

Con el dinero, Mileva se compra un edificio de apartamentos en Zúrich, donde viviría hasta su muerte. Se ocupaba de sus hijos, en especial del menor, Eduar, que fue diagnosticado de esquizofrenia. Sus brotes violentos, ponían en peligro la vida de su madre. A pesar de ello, ella evitaba que fuera internado en un centro psiquiátrico. Su hijo mayor, Hans Albert, estudio en la misma universidad que sus padres y tras casarse con un\ profesora alemana se traslado a EEUU en 1937 donde trabajo como profesor de la universidad de California.

Mileva es ingresada por una crisis nerviosa y murió en 1948 tras varias embolias. Murió sin que su trabajo fuera públicamente reconocido, aun hoy se duda de sus aportaciones a los trabajos de su marido. Siempre conservo el apellido Einstein, el único elemento que la relaciona con uno de los hombres más brillantes del siglo XX.

*Detrás de todo gran hombre, hay una gran mujer.*

4° ACCESIT DE PUBLICACION

# ***Diez días con Matt***

*Nuria María Méndez Afonso*

## *Nuria María Méndez Afonso*

Nacida en Santa Cruz de Tenerife (1975), cursó estudios en Administración. Apasionada de la lectura motivadora y entusiasta como la que ofrece Dale Carnegie. Elige a Neruda para sus momentos de reflexión. Le atrae todo lo relacionado con la psicología positiva. Es, además, gran aficionada a la fotografía, cuyo arte utiliza como terapia. La música forma parte fundamental en su vida.

Alternó su trabajo como asistente personal en una multinacional con la escritura de su ópera prima, *Un abrigo en primavera*, novela publicada y presentada en el mes de mayo del 2015.

# Diez días con Matt

## 4° ACCESIT DE PUBLICACION

**Lunes 11 de mayo. Recibo una llamada.** Hoy amaneció más temprano de lo habitual, o por lo menos esa fue mi sensación. La mañana se presentaba tranquila, hacía fresco y el sol brillaba en todo su esplendor. Cuando me disponía a salir de casa para disfrutar del día, recibí una llamada. Fue curioso porque de repente presentí que aquella llamada arruinaría mi día. Y así fue. Me telefoneaban del hospital, mi querido Matt se había caído por las escaleras cuando salía de la oficina para hacer su habitual recorrido como comercial. ¡Vaya, qué inoportuno! Sí, eso fue lo que pensé, y ahora que medito en ello me doy cuenta de que suena bastante cruel, pero así es la vida, a veces también es cruel. Matt en realidad estaba bien, solo algo aturdido, vamos, un poco desmemoriado. Eso me comentó el doctor cuando hablé con él. Había sufrido un buen golpe en la cabeza y padecía lo que ellos llaman «amnesia global transitoria» o, lo que es lo mismo, pérdida súbita y temporal de la memoria. En pocas palabras, no reconocía ni a su propia sombra. En realidad, a mi modo de ver, podía haber sido peor. A estas alturas de la vida, el que Matt se quedara sin memoria podría resultar hasta divertido. ¡Qué locura! Este hombre está a punto de jubilarse y ahora, encima, lo voy a tener en casa antes de lo previsto. Tengo que admitirlo, hice varias paradas antes de ir a recogerlo, pero mi día se había chafado y en su estado ¿dónde iba a estar él mejor que en el hospital? Y, si lo pienso bien,

¿dónde iba a estar yo mejor que lejos de mi rutinario y aburrido marido? Para cuando me quise dar cuenta era casi medio día y, francamente, la comida del hospital tampoco está tan mal, lo sé por experiencia. Y si a esto le sumamos que ni siquiera tienes idea de lo que te estás comiendo, lo digo por lo de la amnesia, pues estupendo. ¡Matt, hoy almuerzas fuera de casa! Cuando llegué a la habitación lo encontré sentado en la cama, desaliñado y con una venda enorme en la cabeza. Desde la puerta observé que no paraba de hacer muecas con la cara, pensé que serían daños colaterales debido al golpe. Lejos de eso, lo que le producía aquella cantidad de reacciones en su rostro era que, al pobre, le había tocado la lotería culinaria del día, judías verdes rehogadas. Matt las detesta a sumo grado, sin embargo, no dejó de comerlas, y ahí que encontré la primera ventaja de que no se acordara de nada. Por lo demás, no me reconoce, piensa que soy la enfermera y me mira con cara de pocos amigos. Luego de hablar con el médico para el tema de su medicación y de asegurarme que en unos días se recuperaría por completo, nos fuimos a casa.

**Martes 12 de mayo. Primer día en casa después del golpe.** Matt ha pasado la noche tranquilo, ha dormido como un bebé y lo cierto es que yo también. A veces me sorprendo de mí misma y de lo que pasa por mi cabeza. Anoche, al verlo dormir tan plácidamente en la habitación de invitados, no pude evitar pensar que sería ideal que se quedara así, pues la casa desprendía una agradable sensación de paz. Matt no tiene buen dormir y creo que hace especial hincapié en que los demás seamos conscientes de ello. Cada noche me deleita con su peculiar orquesta de sonidos extravagantes, paseos nocturnos y suspiros acompasados. A estas alturas ya no me molesta tanto, pero hubo un tiempo en que creí perder la cabeza. Dejé de tratar de convencerlo de que

lo que le produce mareos y taquicardias no son sus pastillas para dormir, sino su tensión arterial asociada a su mal humor. Así que decidí tomarlas yo, alguien tiene que mantener la cordura en esta casa. Mi querido Matt no siempre fue así, jamás me hubiese enamorado de la persona en la que se ha convertido, de él solo queda la sombra de lo que un día fue. Mientras escribo, acabo de recordar el día en que nos conocimos. Yo tenía dieciséis años y ayudaba a mi madre en la tienda. Colocaba manzanas verdes, mis favoritas, en las cestas de la acera. Matt pasó deprisa y tropezó conmigo. Llevaba una gorra beige y una camisa blanca remangada. Era jovial, divertido, alegre y dulce. Con qué ternura me ayudó a recogerlas del suelo disculpándose por cada una de ellas. En aquel instante me enamoré perdidamente, justo cuando nuestras miradas se cruzaron. No fue por el color de sus ojos, fue por cómo me miró con ellos.

**Miércoles 13 de mayo. Aquí se regalan sonrisas.** Hoy ha sido un día nada habitual, hacía tiempo que no me reía tanto. Matt sigue pensando que soy la enfermera y curiosamente no deja de preguntarme por las judías verdes y por el horario de visitas. Esta mañana, cuando salía a hacer la compra, se despidió de mí diciéndome que había sido un placer conocerme y que pasara otro día por allí, mientras me achuchaba eufórico con una gran sonrisa. Por un momento me quedé atónita, de hecho tardé varios minutos en reaccionar. Hacía mucho que Matt no me abrazaba y aún más que no le veía sonreír de verdad. Una vez regresé a casa, lo encontré con uno de mis pijamas puesto. ¡Dios mío! ¿Aquel estampado de flores no le sugería nada? Tuve que sentarme del ataque de risa que me dio cuando, siguiendo el trayecto de los pantalones, me topé de lleno con mis babuchas de lunares. «¡Creo que he engordado!», me dijo muy serio mientras hacía un esfuerzo por acomodarse la camisa

para que no se le viera el ombligo. Yo lo miraba mientras se alejaba hacia el patio y continué riéndome un buen rato. Luego, hice una respiración profunda mientras me invadía un tierno recuerdo de cuando nuestras niñas eran pequeñas y reíamos por casi cada cosa que hacían, sorprendidos de cómo nos enseñaban a disfrutar de las cosas simples de la vida. Por aquella época formábamos un gran equipo, mis tres mosqueteras, mi Matt y yo. ¡Gracias a Dios que ellas escogieron bien! Supieron encontrar su camino. Están lejos de nosotros, pero son felices haciendo lo que les apasiona. En ese sentido hemos tenido mucha suerte y, aunque Matt no siempre estuvo de acuerdo, traté de que escogieran por sí mismas aquello que realmente las llenara de felicidad. Y así lo hicieron, son mujeres que ayudan de una manera u otra a los demás y se sienten muy gratificadas por ello.

Llevo un rato pensando que sería bueno que mañana hablara de nuevo con el doctor, tal vez debería hacer algo más por Matt. Pero, francamente, no estoy del todo segura de querer hacerlo. He de reconocer que siento cierta resistencia y pienso que en el fondo temo hacer algo que me traiga de nuevo a ese hombre soso y aburrido que deambula malhumorado por la casa.

**Jueves 14 de mayo. El doctor recomienda paseo.** Matt sigue durmiendo de maravilla. A menudo me levanto para ver si aún respira. Hay tan poco tráfico nocturno últimamente que con frecuencia me sobresalto porque temo encontrarlo de cuerpo presente en su cama. El doctor me dijo que sería bueno que saliera de casa y que paseara un poco. Yo le dije que lo intentaría pero no podía garantizarle nada. Así que he aprovechado el desayuno para comentárselo y lo cierto es que creo que hasta le agradó la idea. No sé qué manía tiene ahora con mis pijamas. ¿Pues no pretendía salir con uno de ellos a la calle? Menos mal que logré que cambiara de idea y

finalmente aceptó ponerse la ropa que le había dejado preparada. ¡Cómo son las vueltas de la vida! Matt, que siempre ha sido un hombre impoluto, perfectamente ataviado, ahora, al verlo desgarbado y desaliñado, no parece él. Al acercarme para arreglarle el cuello de la camisa, mi mente se detuvo de nuevo años atrás, cuando recién casados lo revisaba como a un niño antes de que saliera de casa. Al tenerlo tan cerca pude mirarle fijamente a los ojos. En ese momento comprendí por primera vez en cuatro días el significado real de lo que había ocurrido. Al querer verme en ellos, no me encontré. Insistí para conectar con él de alguna manera, pero no me hallé. Simplemente no me recuerda, no tiene ni idea de quién soy. Respiré profundamente para no ceder a la larga fila de lágrimas que me pedían paso. Visualicé la sonrisa de mi Claudia, chispeante y contagiosa, y continué. Salimos a la calle y llegamos hasta la plaza de la iglesia. En esta época del año todo está florido y lleno de color. La brisa que corría nos hacía sentir tranquilos y sosegados. Y digo nos porque Matt lo disfrutó tanto como yo. Durante el trayecto no comentó nada. Paseó de mi brazo como quien sabe a dónde va, como si pasear fuera algo que hacía todos los días. Por supuesto nada más lejos de la realidad. No sé si serán cosas mías, pero tengo la grata sensación de que su semblante ha cambiado. Parece menos tenso, más aliviado.

**Viernes 15 de mayo.** ¡Sí, ese hombre eres tú! Esta mañana han llamado las chicas. En un periquete las he puesto al día. Estaban preocupadas, así que hice todo lo posible por tranquilizarlas. Luego quise saber más de ellas y estuvimos hablando un buen rato, casi hasta la hora del almuerzo. Me había olvidado por completo de Matt. Hace tan poco ruido que creo que no hay nadie en casa. Pero lo cierto, es que al llamarlo, no respondió. Empecé a preocuparme por si había salido a la ca-

lle mientras yo hablaba por teléfono. Cuando estaba a punto de salir para ir a buscarlo, lo hallé sentado en el piso de nuestro dormitorio. Había encontrado en el armario nuestra caja de recuerdos. Una caja llena de fotos de nuestra familia. Sonreía plácidamente pasándolas de una mano a la otra y recreándose en cada una de ellas. Pero hubo una en especial que le llamó la atención, así que me acerqué por si de repente tenía algún recuerdo. Cuando llegué a su altura vi que era una de cuando nos mudamos aquí. Solo aparecía él. Le pregunté si reconocía a aquel chico tan apuesto y atractivo. Movi6 la cabeza de un lado a otro, era evidente de que no se reconocía. «¡Eres tú!», le dije cautelosa. Suspiró profundamente y comenzó a llorar como un niño. Cuando lo vi así, sentí lástima por él y tuve la necesidad de abrazarlo. Para mi sorpresa, Matt me correspondió. En aquel momento pensé: «Sé que tienes que volver a la realidad y que no tengo ni idea de quién crees que soy, pero cuánto me gustaría permanecer así largo tiempo y poder recuperar los abrazos que se quedaron por el camino, aquellos que no me diste, aquellos que murieron de inanición esperando salir de su lugar para cumplir su misión, aliviar mi pena y reconfortar mi corazón». Cuando, por fin, nos levantamos, creí oportuno decirle que las chicas le enviaban recuerdos y que deseaban que pronto se recuperara. Él simplemente hizo un guiño con el ojo y guardó su foto en el bolsillo de la camisa, luego fue hacia el comedor. Lo sé, sé que en realidad por quien están preocupadas es por mí. Aún a día de hoy se preguntan cómo es que continúo con este hombre. En realidad el único pecado que ha cometido Matt es haberse dejado robar la felicidad. Nunca superaron ver cómo su padre poco a poco se fue convirtiendo en un nubarrón gris. A menudo lo miraban como preguntándose: «¡Oye, tú! ¿Qué has hecho con nuestro padre? Dejó de jugar con ellas. Le invadía la ausencia aún estando presen-

te. Ellas lo notaban, sentían su malestar y empezaron a alejarse cada día un poco más. Yo hacía lo posible para que ellas entendieran, pero no pude evitar que se distanciaran. Adoraban a su padre y él las adoraba a ellas. Hacían una fiesta cada vez que llegaba del trabajo y no se dormían hasta que las arropara y les deseara dulces sueños. No obstante, y a pesar de todo esto, sé que debajo de esas capas de decepciones y frustración habita aún el corazón del magnífico hombre del que aquel día de verano y de manzanas verdes, me enamoré. Solo por eso sigo aquí. Solo deseo volverlo a ver.

**Sábado 16 de mayo. Y tú, ¿eres feliz?** Hoy me he encontrado algo cansada y he sentido la cabeza embotada. Estos días con Matt han removido mis emociones y mis recuerdos y aún cuando creo que ya hay ciertas cosas que no me afectan, me doy cuenta de que sí lo hacen. Mientras estaba preparando el almuerzo, me vino a la memoria aquella mañana de sábado cuando al despertar no encontré a Matt a mi lado en la cama. Había dormido en la habitación de invitados y allí ha dormido hasta el día de hoy. Nuestros momentos de intimidad se fueron perdiendo y nuestro amor se fue oxidando. Entonces busqué ayuda para los dos, pero en su caso fue en vano porque no la quería aceptar. Ante aquel panorama perdí el control. Las niñas me molestaban, sus riñas me desesperaban, la pasividad de Matt me desbordaba. Recuerdo con dolor el día que desde bien temprano empezaron a dar voces y a correr por la casa llenas de energía descontrolada. Yo me enfurecí tanto que empecé a gritar como poseída haciéndoles saber lo harta que me tenían y lo insoportables que eran como hijas. Di un fuerte golpe en la mesa, lancé el desayuno a la basura y me fui a mi habitación. Ellas se quedaron atónitas, sin palabras. Dejaron todo y se sentaron aturcidas en el sillón. Ya en el dormitorio pasé al lado de la cómoda, y lo que vi en

el espejo me aterrorizó. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Aquella mujer no era yo. No quedaba rastro alguno de mí. Me permití llorar, sacar aquella basura que estaba acabando conmigo. Lloré de rabia y de soledad. Estaba tan enfadada con Matt que acabé sin remedio pagándolo con quienes menos se lo merecían, mis hijas. Cuando me tranquilicé, salí al salón y allí encontré a mis retoños sentadas y asustadas. Me arrodillé para ponerme a la altura de ellas y les pedí perdón. ¡Tenía tanto miedo de que no me pudieran perdonar, de que aquel incidente hubiera roto para siempre nuestro lazo de amor! Lejos de eso, me regalaron una gran sonrisa, esa que llevo guardada en el corazón. Esa que me sirve de amuleto cuando todo va mal. Solo tengo que cerrar los ojos, entonces respiro hondo y al verlas sonreír recupero de nuevo las fuerzas. Aquel día entendí que necesitaba herramientas para continuar, que si seguía con Matt, no sería a cualquier precio. Así que decidí seguir por mi cuenta con la ayuda que él no quería recibir. Me hice aún más fuerte, aprendí a entender mis emociones y a no dejarme dominar por la frustración. Solté la rabia y la dejé ir muy lejos. Cuando algún día me avisaba de que estaba a punto de hacer acto de presencia, encendía la radio y bailaba, aún hoy me funciona. También me funcionó escribir en un diario mis sentimientos, resultó muy efectivo. Por eso a día de hoy cuando siento que algo me perturba retomo la práctica, me ayuda a poner en orden mis pensamientos. Ya durante el almuerzo, Matt me hizo una pregunta que me dejó algo descolocada. En la televisión salía un anuncio de un seguro en el que se veía a gente disfrutando, sonriendo felices. Él me miró fijamente a los ojos y me preguntó:

«Y tú, ¿eres feliz?». Por un instante, me pareció que me reconocía, así que apretándole la mano con ternura le respondí: «Sí, hubo un tiempo en que fui muy feliz, más de lo que jamás imaginé, y tengo la total seguridad

de que lo volveremos a ser». Me dio un beso en la mano y continuó con el almuerzo. No pude evitar conmoverme. ¡Era tan extraño ver a Matt actuar así! Pero por lo demás, creo que sigue igual.

**Domingo 17 de mayo. Un día de playa.** Hoy nos hemos levantado temprano. Estuvimos trasteando en el desván y poniendo un poco de orden. De repente vi a Matt con una gorra en la cabeza, la bolsa de la playa en una mano y la sombrilla en la otra. Cuando le pregunté si quería ir a la playa me contestó eufórico: «¡Sí, eso sería genial!». A Matt le encanta el mar y en especial una preciosa playa al sur de la isla con un bonito faro. Siempre dijo que le hacía recordar a una playa que hay en su país de origen, y que le traía muy buenos recuerdos de niño. Hace años que no vamos, casi desde que las chicas se fueron de casa. Y para allá que fuimos. Llegamos a buena hora pues aún no había mucha gente y la marea estaba subiendo. Pasamos una mañana estupenda. No sé cuantas veces se metió en el agua y chapoteó. Parecía un niño grande. Yo desde la orilla no le quitaba ojo, tenía miedo de que se ahogara, pero lo cierto es que hacía mucho tiempo que no lo veía tan desenvuelto. Su cara de felicidad lo decía todo. No paraba de hacerme señas con la mano animándome a que entrara a bañarme con él. El mar me infunde respeto pero me armé de valor y entré. Tal vez no se presente de nuevo esta oportunidad y si algo he aprendido en todo este tiempo es que las oportunidades hay que aprovecharlas cuando llegan, pues de lo contrario pueden que se esfumen de tanto ignorarlas. Allí estuvimos, disfrutando de nuestro baño. Matt me cogía de la mano para que fuera aún más adentro, mientras me decía: «¡No tengas miedo, yo te sostengo!». Aquellas palabras sonaron como música para mis oídos. Me emocioné al sentir su protección. Me agarraba fuerte, seguro. Yo me entregué a él confiada

y feliz. Feliz por él, por verlo tan satisfecho. Y por mí, porque durante aquel baño sentí que mi querido Matt, en el fondo, sigue aquí.

**Lunes 18 de mayo. ¡Lo mejor sin duda está por venir!** Al contrario de lo que le ocurre a la mayoría, los lunes para mí son estupendos. Veo en ellos un nuevo comienzo. Me siento motivada y con entusiasmo. Tengo ganas de hacer cosas y reboso creatividad. Definitivamente, ¡este es mi día! Hoy he pensado que no estaría mal que Matt preparara el desayuno. Lo he dejado en la cocina con el delantal puesto y le he dicho que es un gran chef, que a menudo prepara grandes y sabrosos desayunos y que hoy me iba a sorprender. ¡Y sin duda, lo hizo! Desmontó la cocina al completo. Sacó toda clase de utensilios y cachivaches que regó por la encimera como queriendo encontrar aquel que le resultara perfecto. Había harina hasta dentro de la nevera y en los cajones. Quería hacer pizza. Y para colmo casi tenemos que llamar a los bomberos cuando en un descuido dejó encima del fuego el trapo de cocina. ¡Menos mal que todo se quedó en un susto! ¡Qué manera de empezar mi día! Me hizo recordar a aquellas tardes de tarta de manzana en casa con las niñas. Cuando metía la masa en el horno y cerraba, teníamos una frase que decíamos al unísono: «¡Lo mejor sin duda está por venir!». Matt y yo nos mirábamos cómplices. Para ellas era como un truco de magia. Lo que peor llevaban era lo de esperar, pero Matt hacía que se les pasara el tiempo volando con sus maravillosos cuentos inventados. Ahora que lo pienso, siempre fue nuestro lema y eso tratábamos de inculcarles. No importaba que algo malo sucediera, lo siguiente sería mejor. Así que recordando esto, lo ayudé a preparar su pizza. La hicimos con pan para sándwich. Qué grande fue mi sorpresa cuando al cerrar la puerta del horno le oí decir: «¡Lo mejor sin duda está por ve-

nir!». No le quise preguntar, pero sospecho que algo está ocurriendo dentro de su cabeza. Parece tener momentos de lucidez. Tendré que consultarlo con el doctor para ver si es normal.

**Martes 19 de mayo. ¡Qué rápido ha pasado el tiempo!** Esta mañana, mientras arreglaba la casa, encontré debajo de la cama una fotografía. Debió caérsele a Matt el día que encontró la caja de recuerdos. Era una foto mía de cuando aún trabajaba en la tienda de mi madre. ¡Qué linda me vi! Parecía una niña y eso que ya en ese entonces habían nacido Lucy y Alice. Se me hace difícil recordar en qué momento pasó todo este tiempo. Parece que fue ayer cuando recibí la noticia de que estaba esperando a nuestro tercer bebé. Cuando miro hacia atrás y veo lo rápido que se ha esfumado mi juventud, siento nostalgia. Siento que tenía que haber hecho algo más. Hay dentro de mí cierta pena por haber dejado que el tiempo pasara sin más. Me ocupé de lo que se suponía tenía que ocuparme, y además de eso seguí trabajando hasta que mamá empeoró y no pude con todo. Aquella chiquilla, pizpireta y atrevida. ¿En qué momento me dejó? No me arrepiento de haber cuidado de los míos, pero tenía que haber hecho algo más por mí. Y eso que desde que se marcharon las chicas, tengo infinitos proyectos y ganas de hacer cosas, pero a menudo me fallan las fuerzas. Si tuviera veinte años menos no me pararía nadie, pero claro, eso lo digo hoy cuando los años han pasado. ¡Qué lástima que uno tenga que llegar a esta edad para comprender que el tiempo se esfuma sin ningún tipo de contemplación ni miramiento! Creo que al final lo que cuenta es aquello que hiciste con el corazón. Todo lo bueno que creaste. Aquellos a quienes ayudaste, se lo merecieran o no. Aquellos con los que compartiste momentos entrañables. De esos que no se borran y que te hacen reír y a veces también llorar. La

vida es tan corta, ¿por qué nos la complicaremos tanto? Por cierto, Matt ha estado hoy muy raro. Lo noto decaído, abrumado. Lleva todo el día acostado y tiene los ojos llorosos, como si estuviera resfriado. ¡Qué extraño! Tengo la sensación de que le pasa algo pero no quiere hablar.

**Miércoles 20 de mayo. No sé lo que es, pero algo le pasa.** Definitivamente algo le pasa a Matt. Me refiero a algo que no tiene que ver con lo de la amnesia. Anoche de madrugada lo encontré llorando desconsolado. Por más que traté de calmarlo y de preguntarle por lo que le ocurre, no dijo nada. Tampoco quise presionarlo. Luego de un rato logró dormirse y ha pasado el día en la cama. Apenas ha tomado nada y lo veo muy apagado. He llamado al doctor y ha venido a verlo a casa. Ha estado un buen rato con él a solas. Me dice que lo que le pasa es normal. Que no le duele nada, que no es nada físico. Me dijo que debía dejarlo descansar. Solo necesita un poco de tiempo para remontar. Ha de acomodar sus recuerdos. Le pregunté si es porque tiene miedo de no volver a recordar. Cree que más bien es por lo contrario. Tiene miedo de sus recuerdos. No puedo describir lo que siento. Estoy tan confundida. Matt está peor que nunca, jamás lo había visto así. Siento que algo lo atormenta. ¿Es porque ya tiene algún tipo de recuerdo? El doctor me recomienda que espere unos días a ver qué pasa. Le haré caso aunque no sé si estaré haciendo bien. ¡Matt, por favor, no puedo con esta incertidumbre! ¡Solo quiero ayudarte!

**Jueves 21 de mayo. Esta carta es para ti. (Escribe Matt)**

Querida Olivia:

Cuando llegué a nuestra casa después del accidente,

fue como llegar a un hogar ajeno. Nada de lo que en ella había me resultaba conocido. Ni siquiera podía mirarme en el espejo y reconocermé. Solo veía a un hombre delgado, ojeroso y malhumorado. Aquel día de la famosa pizza, ¿lo recuerdas?, tropecé sin querer con tu diario en el último cajón de la cocina. No tenía ni idea de lo que era, pero tu delicada escritura me fascinó. Fue lo primero que reconocí, así que inevitablemente te leí. A través de tus palabras volví a recordar quién soy. Por eso, estos últimos dos días, me has encontrado tan abrumado. Creí morir cuando descubrí en quién me había convertido. No tengo nada físico, lo que me duele es el alma. A pesar de todo y aunque fue muy duro, tengo que agradecerte que hayas desahogado tu corazón en este cuaderno. Pude verme a través de tus cansados ojos. Lo más doloroso fue reconocer que tenías razón, efectivamente me convertí en una persona gris. Lloré como un niño cuando entre aquellas letras percibí tu dolor y el de nuestras hijas. Cuando el doctor llegó a casa, se percató enseguida de lo que ocurría. ¡Gracias a Dios que lo llamaste! Solo me dijo esto: «Sé que no te gusta lo que has descubierto, pero aún estás a tiempo de solucionarlo. Nunca es demasiado tarde para pedir perdón. Tu esposa te quiere por encima de todas las cosas, de lo contrario ya se hubiese marchado. Y además de eso tiene esperanza, ella cree en ti. Matt, se lo debes, a ella y a tus hijas». Ha tenido que ocurrir esto para que me diera cuenta de algo evidente para todos menos para mí. Sí, me rendí. Me sentí traicionado cuando mi mejor amigo me robó la idea. Mi socio, aquel en quien confié como un tonto pese a tus innumerables advertencias. Había algo en él que no te terminaba de gustar. «¡Ten cuidado, Matt!», me decías preocupada. Al final se llevó todo nuestro dinero, mi idea y a mí mismo. Y no solo eso, también le permití que robara la felicidad de mi familia. Mi fuego interno se apagó. Me sentí un fracasado y ac-

tué como tal. Además de eso, no quise aceptar la ayuda, el orgullo me lo impedía. Si el daño me lo habían hecho a mí, ¿por qué tenía que cambiar yo? No supe valorar lo que sí tenía, una esposa comprensiva que lejos de reprocharme nada trató de ayudarme y unas hijas que me adoraban y a las que yo mismo alejé de mí por pensar que no merecían tener a un fracasado como padre. Por la misma razón me alejé de ti, sentía que merecías algo mejor que yo. Pero al mismo tiempo no quería dejarte.

Pasados estos años de angustia, necesito pensar que aún estoy a tiempo. Sin siquiera merecerlo, sigo teniendo a mi lado a la mujer más inteligente del planeta. A la mujer que supo ver más allá de mi rabia y frustración y de aquella estúpida coraza que me puse para sobrevivir pensando que sería lo mejor. Creíste en mí aún cuando ni yo mismo podía hacerlo. Lo siento mucho. Fui un egoísta y un cobarde, solo pensé en mi dolor. Olvidé a mi otra parte, olvidé a la mejor parte. Le ruego a Dios que algún día podáis perdonarme.

P.D. Aquella tarde de verano, en la tienda de tu madre, supe que eras la mujer de mi vida. Lamentablemente no puedo reparar este grave error. Pero prometo cumplir mi deuda de abrazos contigo. Empezaré hoy mismo a pagar todos y cada uno de los que te debo. Aunque te cueste creerlo, no han muerto, siguen dentro de mi corazón deseando salir para cumplir su misión, hacerte al fin feliz.



**JURADO DEL**

***X Certamen* DE RELATOS BREVES**

**PRESIDENTA**

*Maria Luisa Zamora Rodríguez*

**SECRETARIA**

*Ana Belén Crespo Rivera*

**VOCALES**

*Ana Hardisson Rumeu*

*M<sup>a</sup> Dolores García Padrón*

*Juan Royo Iranzo*

*Javier Hernández Velázquez*

Carmen de la Rosa Moro  
Amaia Arana Muñoz  
Melanie Reiriz Vieira  
Lara Gimeno Rodríguez  
Nuria María Méndez Afonso



Ayuntamiento de  
Santa Cruz de Tenerife  
Concejalía de Igualdad



III PLAN MUNICIPAL  
DE IGUALDAD DE  
OPORTUNIDADES  
entre Mujeres y Hombres de  
Santa Cruz de Tenerife. 2014-2017